

En el atardecer del siglo XX

La última heterodoxia

PREBISCH NUNCA FUE TOMADO EN SERIO INTERNACIONALMENTE
PERO, DESDE LA CÁTEDRA DE LA CEPAL, ALCANZÓ UNA NOTABLE
INFLUENCIA EN LA REGIÓN

Por Ramón Díaz

El siglo XIX había sido fecundo en producir teorías revolucionarias, pero el genio del siglo XX consistió en llevarlas a la práctica. Las viejas —la de Marx, que llegó a conquistar la obediencia de un tercio de la Humanidad, la de Saint-Simon, que bajo la cubierta marxista suministraba el principio operativo: la economía sujeta al plan de los tecnócratas desplazando a la espontaneidad de los mercados— y las nuevas. La de Keynes, por ejemplo, que nos ocupó tres semanas. Por último, si bien de menor alcance geográfico, la de Prebisch.

Marx había proclamado la inestabilidad del capitalismo como un todo, a través de la polarización de la sociedad en dos clases antagónicas, con una creciente concentración de riqueza y una creciente miseria de las masas, y una economía sujeta a oscilaciones de creciente intensidad; y había anunciado el advenimiento del colectivismo como secuela de la revolución proletaria. Keynes había proclamado la inestabilidad del sector privado, incapaz de generar suficientes proyectos de inversión como para mantener el pleno empleo; y había aconsejado a los gobernantes, que presuponía inmunes a la corrupción del poder, una radical expansión de sus actividades bajo el consejo benévolo y certero de una élite (muy saint-simoniana) de tecnócratas, que controlarían la inversión glo-

La idea central, que provenía de David Ricardo, escribiendo a principios del siglo XIX, era que si cada país se especializaba en lo que podía hacer mejor —no mejor que los otros, mejor comparativamente con las demás cosas que él mismo podía hacer— la riqueza mundial se potenciaría a su nivel óptimo. Para los países jóvenes —ricos en recursos naturales, pobres en población— la amenaza malthusiana del asalto de una humanidad en crecimiento geométrico sobre una base natural de expansión sólo aritmética mostraba su otra cara, sonriente ésta como aquella hosca, de una bonanza progresiva para los países productores de alimentos y materias primas. Marx unió su voz a ese himno al libre comercio: "El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial". La fórmula definitiva fue suministrada por Dennis Robertson, un amigo personal de Keynes: "El comercio internacional es una máquina de hacer crecer".

Fue contra esta visión optimista de la división internacional del trabajo que Prebisch

reaccionó. Sostuvo que se trataba de una visión sesgada por el interés de los países más desarrollados, interesados en mantener fuentes de abastecimiento de materias primas baratas. Marx había querido hablar en nombre de un proletariado de individuos. Prebisch en nombre de un

proletariado de países. ¡Uníos!, le dijo Marx al suyo. Y Prebisch: ¡Industrializaos!

Lo que quería decir, más explícitamente: "Rechazad ese esquema de división internacional del trabajo. Levantad barreras al comercio, tras las cuales vuestras industrias puedan desarrollarse.

Mirad que lo que quieren las naciones ricas es compraros baratas las materias primas que producís y después revenderoslas caras previo procesamiento industrial".

Este enfoque distaba de ser nuevo. Era en realidad el enfoque preclásico, mercantilista, sobre todo del mercantilismo español, que había reaccionado ante la incapacidad de su país para subirse al convoy de la revolución industrial con una visión suspicaz y aislacionista. En realidad la rebelión de Prebisch contra la economía ortodoxa, que el título designa como la última, es en

re-

alidad la más vieja de todas.

El *Tratado de Economía Política aplicada a España* —note el toque localista— publicado en Madrid en 1931 por el coronel de Infantería Don José Espinosa de los Monteros, ponía en guardia a sus lectores: "...es menester no dejarnos seducir por la hermosa perspectiva que ofrecen a nuestra vista los economistas extranjeros, pues cada uno tiende a los intereses de su nación, que en general no se conforman con los de la nuestra". Las tesis librecambistas provenían de los países que habían sacado ventaja en la carrera competitiva. Si España producía las materias primas que otros industrializaban, ¿por qué no emplearlas en beneficio propio? Y en un pasaje revelador, tanto en su conjunto como en sus detalles: "¿Por qué no hemos de manufacturar cuanto podamos, para no dar a ganar a los extranjeros los muchos millones con que les pagamos la mano de obra que ellos ponen?"

El aditivo que Prebisch puso a esta teoría vetusta —pero, ¡atención! en el sentir de nuestra gente latinoamericana, no obsoleta— otra complementaria que sostenía, no sólo que la relación de intercambio era contraria a los intereses de los países de producción primaria, como los mercantilistas se habían cansado de afirmar, sino que también se deterioraba secularmente. Es decir, cada vez se volvía peor. En el plano académico internacional, la teoría de Prebisch nunca fue tomada en serio. Pero ello no fue óbice para que, enunciada desde la cátedra de la Cepal —órgano de las Naciones Unidas— no alcanzase en nuestra desventurada región una notable influencia. De ella nos ocuparemos la semana próxima.

PREBISCH PROCLAMÓ LA INESTABILIDAD DE LA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

bal, mantendrían la tasa de interés real muy cerca de cero (con la consecuencia que el propio Keynes designó como la "eutanasia del rentista"), y no dejarían que el gasto público bajase de su nivel óptimo por miedo al déficit fiscal. La singularidad del sistema keynesiano consistía en mantener la asignación de recursos escasos —por más que con la importante excepción de aquellos destinados a engrosar el acervo de capital— librada a la espontaneidad de los mercados. Por fin Prebisch, última oleada heterodoxa sobre el reducto de la economía clásica, proclamó la inestabilidad de la división internacional del trabajo, y en tal sentido puso en jaque también el sistema de mercados.

Los economistas clásicos y neoclásicos habían cantado loas a la división internacional del trabajo.

ILUSTRACION: HOGUE

